

SE BUSCA: UN DIOS PARA UN DESARROLLO CON IDENTIDAD

* Sociólogo.
Investigador del IECTA.
Correo electrónico:
johvkessel@yahoo.com.

Juan van Kessel B*

Compara la imagen de Dios que tiene el cristianismo clásico de Occidente con la de los aymaras. La primera es la del Creador del Mundo (Génesis) y la segunda corresponde a la de la Madre Tierra andina. Para diferenciar la cosmovisión aymara de la europeo-cristiana expone los mitos cosmogónicos de ambas culturas. En la Biblia se habla de un Dios “Hacedor”, trascendente a su creación; en el pensamiento aymara la Pachamama es la Madre de donde “nacen” flora, fauna y humanos. Mientras que la concepción cristiana ha dado origen a la auto-definición antropocéntrica del hombre como Homo Faber (Hombre Hacedor), que ha producido una tecnología de dominio violento sobre la naturaleza, la cosmovisión aymara, en cambio, centrada en la Tierra, ha practicado una tecnología de reciprocidad armoniosa con la Pachamama, relación representada en sus rituales.

Palabras claves: Desarrollo - Identidad.

The author compares the western christian image of God with that of the Aymaras. The first one corresponds to the Creator of the World (Genesis), and the second is the image of the Andine Mother Earth. In order to make the difference between the european-christian conception of the universe and the Aymara's he explains the cosmogonic myths of both cultures. The Bible tells us of a Maker who is beyond his creation; the Aymara thought, instead, provides us with the concept of Pachamama, the Mother-God that “gives birth” to flora, fauna, and humans. Christian conception has been the origin of the idea of Homo

Faber who has used a violent and controlling technology over Nature whereas the Aymara Earth-centered thought has been the source of an harmonious and reciprocal technology towards Pachamama, being the rituals an expression of this.

Key words: Development - Identity.

RELIGIÓN, DESARROLLO E IDENTIDAD

Las imágenes que los humanos se forman de su Dios vienen a ser como la visión arquetípica que el hombre tiene de sí mismo, y al mismo tiempo funcionan como la legitimación divina de su autoimagen.

En momentos en que nos preguntamos por la sustentabilidad del desarrollo neoliberal y en que comenzamos a preocuparnos por el medio ecológico, es interesante recordarse que, por su función legitimadora, nuestra imagen de Dios determina en gran medida nuestra actitud frente al medio natural donde se realiza nuestra economía y nuestro desarrollo económico, tantas veces a costa del medio.

Los antropólogos avisaron desde hace mucho tiempo que cada pueblo tiene su propia imagen de Dios. En el ambiente del cristianismo, el judaísmo y el islam nos imaginamos a Dios como hombre; para los aymaras la principal divinidad es mujer: la Pachamama. Este detalle ya trae grandes consecuencias para la posición de la mujer en la sociedad correspondiente. Pero hay más. Nos interesa aquí ver críticamente la actitud y la actividad del hombre frente a su medio natural.

Fue un filósofo de la cultura. Rodolfo Kusch (1970), quien estudió la cosmovisión aymara, expresada en su mitología, su religión y su ética, y quien demostró que el modo propio de pensar del aymara y su modo de vincularse mediante el trabajo con el medio natural - es decir: su tecnología - no se guía por la lógica de la causalidad eficiente. Esta es la lógica propia del pensamiento científico europeo, y que ofreció un guión metodológico para el desarrollo del sistema tecnológico occidental. Llama al pensamiento del aymara, en cambio "un pensamiento seminal", porque sigue el modelo del desarrollo biológico: acontecimientos y cosas "se producen" como en el reino de la flora y la fauna. Brotan por la fuerza vital y generadora del universo divino - Pachamama: crecen, florecen, dan fruto y se multiplican cuando las condiciones son favorables y cuando son cultivados con respeto, cariño y comprensión.

Con "respeto", porque las cosas tienen su vida, su genio y su personalidad, comparten con nosotros la misma vida de la Santa Tierra y son seres vivos con quienes dialogar y reciprocarse.

El "*cariño*" indica la relación personal del hombre con estos seres, interlocutores del hombre en su trabajo, concebido como labores de crianza.

No es una relación fría y racional, sino cargada de afectividad y dedicación. Es casi una relación de convivencia entre el aymara y su chacra, ganado, casa, tejido, herramienta.

La “comprensión” se refiere a su actitud fundamental de acuciosa observación de los fenómenos de la naturaleza y su capacidad de sentir la vida íntima en las cosas, de entender su lenguaje secreto y de sintonizarse delicadamente con ellas.

Respeto, cariño y comprensión, porque la Pacha es un todo animado, un mega-organismo, en que todos los elementos, desde los cerros y los ríos hasta los hombres, y todos los fenómenos, desde la helada nocturna hasta el relámpago, son seres vivos y respetables. En el pensamiento occidental, el mundo es más bien un mega-mecanismo dirigido por las leyes naturales que el Creador le ha impuesto.

El pensamiento seminal es una lógica discursiva muy propia del aymara: una “*bio-lógica*”, según Kusch, y el guión metodológico que dirigió el desarrollo de su tecnología. Al tiempo que la lógica occidental desarrolló una tecnología para su economía de la producción mecánica, la lógica aymara desarrolló su propia tecnología al servicio de su economía de la producción biológica. Los términos “*mecánica*”, “*biológica*” se refieren aquí a la mentalidad del Homo Faber, sea europeo, sea andino - vertida en todas sus actividades productivas, sean estas agropecuarias, artesanales, fabriles, intelectuales o de servicios.

El sistema tecnológico aymara se ha ido configurando en el marco de una mitología particular, que es muy distinta de la cosmovisión occidental cristiana. La mitología del aymara, su religión y su ética, son las que dan el sentido profundo al quehacer económico, un sentido que va más allá de los valores económicos y que alcanza el nivel de los valores afectivos y éticos, humanos y religiosos. Esta valorización es la que da, en última instancia, sentido y relevancia social a su tecnología y a su trabajo técnico y que le confiere significación religiosa. Esta cosmovisión define y sanciona también el modo particular en que el hombre aymara se relaciona con su medio natural, la clave ideológica de su tecnología y su ética de trabajo.

Interesa en este aporte comparar dos imágenes de Dios: la del cristianismo de Occidente que aún define la cosmovisión secularizada del siglo 21, y la de los aymaras, llamada “Pachamama”. Dos imágenes: la del Creador de Génesis y la de la Madre Tierra andina. Interesa mucho, porque a partir de

estas imágenes el ser humano planifica y realiza su propia creación: sea ésta la utopía del desarrollo, sea el mito del ayllu andino. Sabemos también que los aymaras son cristianos, que conocen y asumen el mito bíblico de la creación y que su visión no se limita a la mitología andina originaria. Un pastor altoandino, Enrique Ticuna, confrontado con el problema, respondió con claridad y sencillez: “El Señor ordena y la Santa Tierra da, entrega todo lo que tiene”. También vale recordar que los obispos de América Latina, reunidos en la CELAM, escribieron un documento de preparación para su cuarta conferencia - Santo Domingo, 1992 - con un párrafo sobre “Los Indígenas y la Tierra” donde llamaron a la Tierra: “la cara femenina de Dios”. Sin embargo, aquí tratamos, por razones de método, separar las dos imágenes de Dios.

Para diferenciar la cosmovisión aymara de la europeo-cristiana, comparamos los mitos cosmogónicos de ambas culturas. En la lectura atenta de un resumen textual del primer capítulo de la Biblia, podemos observar que la mitología cristiana, expresada en este relato de la creación del mundo, representa ya las raíces de la cosmovisión del Homo Faber europeo, el hombre occidental que se auto-define como un hacedor de instrumentos y un productor de bienes, desde el momento de la hominización:

“En el principio Dios hizo el cielo y la tierra. La tierra estaba desierta y sin nada. Las tinieblas cubrían los abismos”.

Dijo Dios: ‘Hágase luz’, y se hizo la luz. Dios vio que la luz estaba bien hecha.

Dijo Dios: ‘Hágase un firmamento’

Dijo Dios: ‘Juntense las aguas en un solo lugar y aparezca el suelo seco.’ Y vio Dios que estaba bien hecho.

Dijo Dios: ‘Que produzca la tierra toda clase de plantas... hierbas... árboles que den fruto, con su semilla adentro.’ Y vio Dios que estaba bien hecho.

Dijo Dios: ‘Hágase lámparas, en el cielo... que brillen para iluminarla tierra.’ E hizo dos grandes lámparas, una grande para el día y otra más chica para la noche, y también hizo las estrellas. Las colocó en lo alto del cielo para alumbrar la tierra. Y vio Dios que estaba bien hecho.

Dijo Dios: ‘...llénense las aguas de seres vivientes y revoloteen aves sobre la tierra...Produzca la tierra animales vivientes, bestias, reptiles y animales salvajes...’ Y vio Dios que estaba bien hecho.

Dijo Dios: ‘Ahora hagamos al hombre...’ Entonces formó Dios al hombre de barro de la tierra y sopló en sus narices aliento de vida y lo hizo un ser viviente... Vio Dios que todo cuanto había hecho era muy bueno. Y atardeció y amaneció el día sexto.

Así fueron hechos el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos. Dios terminó su trabajo el séptimo día y descansó en este día... de todo su trabajo de creación.”(Gén.1/1-ss).

Aparece en este capítulo 32 veces el verbo hacer o un sinónimo del mismo. Efectivamente, se trata de un Dios Hacedor. El creador es un Dios que se distingue del mundo y que se le opone como el trabajador a su obra. Es totalmente ajeno y trasciende al mundo y al universo creado. Es un Deus Faber. El creador bíblico no es de ninguna manera un dios procreador, un padre o progenitor, sino un dios hacedor, que confecciona (a modo del artesano), o que produce (a modo del agricultor), o que ordena y organiza (a modo del empresario) al mundo, a los animales y al hombre mismo. Así produce hábilmente, con gran facilidad, ingenio y perfección, y a su libre criterio, los astros, mares, ríos y campos con su flora y fauna. Finalmente Dios “hace” al hombre modelándolo en barro. Después de una atenta lectura del relato con ojos europeos, nos damos cuenta que “con justa razón este Dios creador se llama (desde el Siglo de las Luces) el Supremo Hacedor”.

Estamos en la senda de una exégesis “tradicional” de los mitos de Génesis, es decir, en la línea de su lectura “ilustrada”, “positivista”, porque es esta lectura histórica la que ha justificado y guiado, aunque sea en su nivel subconsciente, el desarrollo científico, tecnológico y económico de Occidente, hasta en nuestros días.

Un mito cosmogónico pretende legitimar divinamente a los arquetipos originarios que explican, justifican y sancionan los hechos básicos de la condición humana: sexualidad y fertilidad, vestimenta y alimento, trabajo; felicidad, pecado y castigo; vida, sufrimiento y muerte y, en general, las relaciones del hombre con su medio social, natural y sobre-natural. En breve, el mito cosmogónico es el resumen de la cosmovisión que inspira a una cultura.

Es muy notorio que, en la Biblia, la obra de la creación es representada como un “trabajo productivo”. Es un trabajo perfecto y ejemplar de un Deus Faber (el prototipo del Homo Faber), porque seis veces se repite: “...y vio Dios que todo estaba bien hecho”. Indudablemente se nos pinta aquí la imagen de

un Supremo Hacedor, de un super-técnico divino, o como se decía en el Siglo de las Luces - del invisible Maestro Relojero.

La mitología aymara no conoce un dios creador, trascendente y ajeno al mundo, ni una creación o confección del mundo. La tierra misma es divina y eterna. Pachamama, la diosa principal de los aymaras no confecciona flora, fauna y humanos: todos éstos “nacen” de ella. La divinidad es immanente al mundo, está dentro del mundo y se identifica plenamente con la tierra. La relación entre Pachamama y sus criaturas es la de una madre a sus hijos y de éstos hacia, ella: cargada de afecto.

Sin embargo, hay muchos mitos aymaras y andinos que coinciden en el mismo esquema de significados mitológicos. Citamos los mitos de: Viracocha, Manco Capac, Thunupa, Pariacaca, los hermanos Avar, etc. Fernando Montes Ruiz (1986) realizó un análisis muy penetrante de sus contenidos. Demuestra que la Pachamama es concebida como la madre que nutre, protege y sustenta los seres humanos, los que son sus hijos. Ella es considerada como la madre del Héroe Civilizador -Viracocha- el símbolo de la cultura humana y, en particular, la agricultura. Además de Pachamama, se concibe, en una tradición tal vez secundaria, el mito del dios fertilizador o procreador, proyectado en el Sol, el Rayo, los Achachilas que son los cerros, el Inca, etc., que representa el buen genio y el ambiente del Fas, y que despierta la capacidad generadora de la Tierra. Es el arajpacha, el mundo de arriba. Pero estas divinidades son tan “inmanentes” como la Pachamama. En síntesis: el mito cosmogónico del aymara explica cómo el mundo “es” divino y cómo las cosas y los seres “Nacieron” en este medio divino.

Otro aspecto llama poderosamente la atención. Como consecuencia de su “trabajo”, este Dios Hacedor en la Biblia es el propietario y dueño absoluto del mundo y su plenitud, y las criaturas le deben estricta obediencia.

“Dijo Dios: ‘Ahora hagamos al hombre. Se parecerá a nosotros y tendrá poder sobre los peces, las aves, los animales domésticos y los salvajes y sobre los que se arrastran en el suelo’. Y así hizo. Cuando Dios creó al hombre, lo creó parecido a Dios mismo ... (y dijo:) ‘Llenen el mundo y gobiérnenlo: dominen a los peces y a las aves y a todos los animales que se arrastran.’... y les dijo: ‘Miren, a Ustedes les doy todas las plantas de la tierra y todos los árboles...’ (Gen.1/26-29).

En todas estas expresiones bíblicas sobresale la relación de propiedad y poder respecto a los elementos del medio ecológico: Dios es su dueño y propietario y delega esta propiedad al hombre, que es su plenipotenciario, su mayordomo. Pero, a su vez, el hombre debe a su Hacedor la más estricta obediencia, y ésta quedó sancionada con el castigo máximo: "...Si no, morirás..." (Gen. 2/17 y 3/3).

Una tercera característica muy notoria - que por lo demás es común en los mitos cosmogónicos de todos los pueblos - es que el hombre "se parece a Dios". En el relato bíblico, el hombre se parece al Deus Faber y al Dios propietario todopoderoso. Leemos: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gen. 1/26), y "Creó Dios al hombre a su imagen y semejanza; a imagen de Dios lo creó" (Gen. 1/27). Esta característica, tan acentuada en la Biblia, justifica que el hombre occidental, cristiano, se auto-define y se desenvuelve también como Homo Faber, como ingeniero y como propietario de las cosas de su medio.

Con la secularización de la cultura occidental, desapareció Dios de la perspectiva. Quedó solamente el hombre, ahora como propietario absoluto y autónomo de la tierra y sus cosas. Porque se siente dueño, la relación de propiedad lo ha enajenado de su medio natural, de modo que se concibe a sí mismo como totalmente distinto del mundo en que vive, y hasta, trascendente y opuesto a él. Además de sentirse dueño, el Homo Faber occidental se concibe ahora como el creador autónomo de todos los milagros de la tecnología moderna. Su utopía es que espera el día en que podrá demostrar su "omnipotencia" y su capacidad de crear - con su ingeniería genética, etc. - a su propio hombre: ese día será para él el "sexto día" de su propia obra de la creación tecnológica, para luego descansar en la feliz ilusión de su omnipotencia creadora y para ver cumplida la promesa de la serpiente: "Entonces serás como Dios" (Gen. 3/5).

Este espíritu de la conquista del mundo y la materia, no anima al hombre andino. El aymara vive más bien integrado en el ciclo de las estaciones y se siente parte integral del múltiple proceso de la vida del mundo. Su esfuerzo se concentra en el ajuste cada vez más perfecto a los fenómenos y procesos naturales de su medio ecológico. Si el ingeniero agrónomo occidental percibe el tiempo en forma lineal, pasajero e histórico, el campesino aymara lo vive más bien como cíclico, constante y duradero.

Tal vez más que en la percepción del tiempo, se distingue el pastor-agricultor aymara del Homo Faber occidental por el modo en que se relaciona con su medio natural. El hombre occidental considera las cosas de su medio ecológico como “la materia”. Para él, el universo natural no es más que un inmenso reservorio de material que está a su disposición para trabajarlo a su gusto y criterio autónomo y aún legitimado por la Biblia que dice:

“Después Dios (el empresario divino) plantó un jardín en Edén y puso allí al hombre... para que lo cultivara y cuidara (Gen.8/2)... Llevó todos los animales de la tierra al hombre para que les pusiera nombre. El hombre les puso nombre a todos los animales y ese nombre quedó “ (Gen. 2/19).

Este detalle de los nombres no es un mero agregado o una fantasía poética. Es el rito formal con que el hombre establece su dominio sobre los animales con que asume la facultad de disponer de ellos en forma autónoma.

Este detalle confirma el panorama de una cosmovisión centrada en un Deus Faber, trascendente y un Homo Faber a su semejanza. Así se define y se legitima ab origine una relación hombre-medio natural de dominio, un modo de considerar el mundo como materia disponible y un modo de trabajarla con una tecnología de fuerza, sujetando, dominando, y controlando este medio y aún violentándolo.

La relación del hombre aymara a su medio natural es muy distinta. Consciente de ser un hijo de la Santa Tierra y como un “hermano de madre” de todos los seres vivos de la flora y fauna, el aymara ha heredado de esta relación una ética, no de poder y dominancia sobre la tierra, sino de cariño, respeto, gratitud y responsabilidad para la flora y fauna. El aymara no conoce el concepto “materia” que es un concepto de origen griego-occidental incompatible con la cosmovisión andina y en el fondo desconocido en el mundo andino, donde las cosas “materiales” tienen todas una vida íntima que merece respeto. Cuando el aymara se relaciona con los elementos de su medio ecológico - en su trabajo, y en su uso y consumo - entabla un diálogo con ellos. Los trata como seres vivos, casi personales. En los ritos de producción los personifica y les habla en un tono de respeto y cariño, pidiendo “licencia”.

De la cosmovisión aymara centrada en la Tierra, personificada y divinizada como la Madre universal e inmanente, resulta una relación del hombre a su medio natural que es de diálogo respetuoso y que considera las cosas (flora, fauna, minerales y fenómenos energéticos) como coherederas de vida e hijas

menores de la misma Madre Tierra. De ello resulta una tecnología benévola, respetuosa, no violenta sino de adaptación, no sujetando las cosas por la fuerza sino ganando su voluntad y siempre “pidiendo licencia” que es un elemento básico en el ritual de la producción. En breve: un desarrollo sostenible, duradero y armonioso, centrado en la Santa Tierra y no en el hombre mismo como si fuera su dueño y norma.

De esta cosmovisión se ha ido desarrollando y justificando, tanto la ética de trabajo del aymara, como el ritual de la producción que acompaña en cada momento su tecnología productiva.

Volviendo a las imágenes de Dios y comparando la imagen occidental con la andina, reconocemos las características propias de la cosmovisión andina. Su Ser Supremo es mujer, parendera y madre. En su creación se establece una relación de vida compartida con la criatura, que es su “criatura”. La relación básica con el ser humano no es asimétrica, autoritaria como de dueño a propiedad y de hacedor a producto, con poder absoluto de construir y destruir, de vida y muerte. Todo lo contrario: es de madre a hijo. En el concepto andino ésta es una relación simétrica y de reciprocidad, en la que la madre cría al hijo y en su momento el hijo cuida, alimenta y cría a la madre. La madre nunca destruye a su hijo, ni siquiera cuando nace enfermo. El Dios de Génesis da órdenes: “No comerás de su fruto, si no morirás”, y éstas son sólo el anticipo de “la ley”, los Diez Mandamientos. Obedecer a su hacedor y dueño resume toda la relación del hombre a su Dios⁽¹⁾. En cambio el análisis de la religiosidad y la ritualidad andina enseñaría que la norma suprema de la ética andina es “el respeto a la vida”. El Dios de Génesis es autosuficiente e independiente del hombre. El Dios de Génesis es total y absolutamente transcendental, en tanto que la Pachamama es total y absolutamente una divinidad inmanente: la tierra misma, los cerros, el agua, todo es divino (lo que no es ni de lejos una forma de panteísmo). La chacra, la casa son apariciones, presencias o invocaciones de la Pachamama; y la mujer madre misma es su primera representante, ella está más cerca a la Pachamama que el hombre. En la Biblia - reflejo de una sociedad patriarcal - el hombre es el prototipo de la humanidad y “su” mujer aparece como “un derivado” del hombre. La mujer de Adán es la razón de su caída:

(1) La imagen de un Dios que es Padre y el “mandamiento del amor de Dios y al prójimo” vienen mucho más tarde, con Jesucristo, quien oró y enseñó a orar: “Padre Nuestro...”

“Al hombre le dijo: -Como le hiciste caso a tu mujer y comiste del fruto del árbol del que te dije que no comieras, ahora la tierra va a estar bajo maldición por tu culpa” (Gén. 3.17).

Adán pecó por invertir el orden jerárquico divino: por no hacer caso a Dios, sino a un ser inferior a él mismo. Solamente Adán, el hombre, recibió el aliento, “el espíritu”, la vida humana de Dios. La mujer se hace - se extrae - de una de sus costillas. El hombre es el primer responsable de su familia, del mundo y de la relación con Dios. En cambio, en el pensamiento andino, la mujer es la que ejerce las actividades más sagradas: sembrar la chacra, procrear y alimentar la vida; ella guarda la cosecha y la semilla en su despensa, coge las plantas medicinales conforme el calendario y las fases lunares, prepara los alimentos y se sienta en el suelo como expresión de su relación privilegiada, directa y de confianza con la Madre Tierra. El hombre andino se sienta en el poyo o en la piedra. Así es la posición formal de la pareja, en el hogar y en los rituales. Recordémonos que para la serpiente de Génesis que se arrastra por la tierra (a los ojos del patriarca oriental, “rey de la creación”) el contacto corporal con la tierra significa un castigo humillante.

“Entonces Dios el Señor dijo a la serpiente: -Por esto que has hecho, maldita serás entre todos los demás animales. De hoy en adelante caminarás arrastrándote y comerás tierra” (Gén.3/14).

Por el concepto inmanentista que el andino tiene de su principal divinidad, la Pachamama, el aymara puede conversar, dialogar y reciprocarse con ella. El ritual andino expresa esta actitud. Vemos que la Pachamama cría a sus hijos, y éstos crían a su madre: de una manera muy real y simbólica a la vez: en todo momento el agricultor andino está atento a lo que le dice Ella por la hoja sagrada (la coca) y las señas en la naturaleza: le avisa del tiempo oportuno para sus labores, después de la cosecha le reclama sus regalos (las ofrendas) que son “el pago a la Tierra”. Estas ofrendas simbólicas tienen para el aymara, el mismo realismo que las técnicas empíricas de la fertilización de su chacra, cuando después de la cosecha la deja descansar uno o más años o, en caso de andenes regados, la reconforta con abonos, que es la comida de fuerza que es necesaria después de la parición de la Tierra. Entre el aymara y la Pachamama, todo es conversación, diálogo, reciprocidad. Ella lo cría como su hijo y él la alimenta, la cuida, la ayuda en la parición.

En cambio, en Génesis no encontramos tal diálogo recíproco y simétrico en la conversación entre Dios y el hombre. La “conversación” que allí encontramos es un interrogatorio y un fallo de condena, y es totalmente “asimétrico”:

Dios el Señor llamó al hombre y le preguntó: -¿Dónde estás?

El hombre contestó: -Escuché que andabas por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí. Entonces Dios le preguntó: -¿Y quién te ha dicho que estás desnudo? ¿Acaso has comido del fruto del árbol del que te dije que no comieras?

El hombre contestó: - La mujer que me diste por compañera me dio de ese fruto y yo lo comí. Entonces Dios el Señor le preguntó a la mujer: -¿Por qué lo hiciste? Y ella respondió: -La serpiente me engañó, y por eso comí del fruto. Entonces Dios el Señor dijo a la serpiente: -Por esto que has hecho, maldita serás entre todos los demás animales. De hoy en adelante caminarás arrastrándote y comerás tierra. Haré que tú y la mujer sean enemigas, lo mismo que tu descendencia y su descendencia. Su descendencia te aplastará la cabeza, y tú le morderás el talón.

A la mujer le dijo: -Aumentaré tus dolores cuando tengas hijos, y con dolor los darás a luz. Pero tu deseo te llevará a tu marido, y él tendrá autoridad sobre ti.

Al hombre le dijo: -Como le hiciste caso a tu mujer y comiste del fruto del árbol del que te dije que no comieras, ahora la tierra va a estar bajo maldición por tu culpa; con duro trabajo la harás producir tu alimento durante toda tu vida. La tierra te dará espinos y cardos, y tendrás que comer plantas silvestres. Te ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la misma tierra de la cual fuiste formado, pues tierra eres y en tierra te convertirás (Gén. 3/9-19).

La relación entre el hombre y la naturaleza es reflejo de la relación entre Dios y la naturaleza. Por ser reflejo de una realidad divina, la relación autoritaria entre el hombre occidental y la naturaleza se legitima y se justifica. De allí que el hombre occidental se porte sin sombra de remordimiento como dueño de la tierra y su plenitud. Todo lo que encuentre - minerales, flora o fauna - para él es un material disponible, inerte, sin derecho propio, al servicio del hombre que se considera “rey de la creación” y - en la perspectiva de la ideología del progreso y del desarrollo creador de un mundo mejorado, a imagen y semejanza del Dios-creador; porque él se auto-define como “Homo Faber”, hombre-hacedor, a semejanza del Deus-Faber, el “Supremo Hacedor”.

Entre tanto el andino se auto-definiría como hombre mayéutico u hombre partero, porque considera toda su actividad económica, productiva y procreativa como, “criar la vida”. Todo su trabajo - en agricultura, en pastoreo,

en construcción, en obras de riego - son formas de colaborar con la Santa Tierra parendera y criadora de la vida. Se podría describir su tecnología como “saber criar la vida”. De allí que su ética de trabajo le exige una actitud de respeto, cariño y comprensión con los “materiales” y los “objetos” de sus labores. Claro está que para él estos términos (materiales, objetos) no son los más apropiados. El trabajo es para él: “celebración de la vida”, lo que queda claro cuando consideramos que todas las actividades económicas y productivas van acompañadas de rituales de producción que han de dar vida a sus gestos criadores. El trabajo, esencialmente comunitario y compartido en familia y comunidad y con la Santa Tierra, los Wak’as, los Achachilas, es celebración y es fiesta. Más aún para la mujer andina: su maternidad es su plenitud y su satisfacción, su realización y su razón de ser.⁽²⁾

(2) No así el trabajo fuera del ayllu que es apatronado y remunerado en las minas, las fábricas: Es un castigo: Eso no es “criar la vida”, sino agotarla.

Para el andino tradicional el trabajo es fiesta. Y cuando muere, no va al “descanso eterno”, sino que sus parientes le proporcionan en la tumba toda clase de semillas para sembrar, lana para hilar, telar y los mismos elementos necesarios para los rituales de producción que usaba en vida. Porque en el más allá seguirá trabajando y criando la vida, ahora sin contratiempos, sin plagas, ni sequías. El trabajo, la “crianza de la vida”, es su satisfacción y su plenitud.

En cambio, en Génesis, el trabajo viene a ser el castigo para el hombre por su pecado. Veamos su condena:

“Al hombre le dijo: -Como le hiciste caso a tu mujer... con duro trabajo harás producir a la tierra tu alimento durante toda tu vida La tierra te dará espinos y cardos... Te ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la misma tierra de la cual fuiste formado” (Gén.3/17).

Para Adán, y para el hombre occidental, el trabajo culmina (y el castigo termina) con el descanso. “No-trabajar más” es su anhelo, justificado por el Creador del que dice el mito de Génesis que:

“El séptimo día terminó Dios lo que había hecho, y descansó. Entonces bendijo el séptimo día y lo declaró día sagrado, porque en ese día descansó de todo su trabajo de creación” (Gén. 2/2-3).

En nuestra mentalidad occidental, el fin de una jornada de trabajo, el fin de semana, son momentos de satisfacción y alegría; lo mismo las vacaciones

y la jubilación, cuando termina definitivamente el sacrificio (“el castigo”). Y después de morir, se nos ruega a Dios por nuestro “descanso eterno”.

Una inversión similar vemos en la posición de la mujer y la valoración de la maternidad: Eva es condenada a sufrir por su maternidad: “A la mujer le dijo: - Aumentaré tus dolores cuando tengas hijos, y con dolor los darás a luz...”(Gén. 3/16). Y esta desgracia se agrava y se perpetúa por su apetito sexual y su sometimiento al hombre: “...Pero tu deseo te llevará a tu marido, y él tendrá autoridad sobre ti” (Gén. 3/16).

La mujer andina, entre tanto, encuentra su honor, su prestigio y su plenitud en la maternidad; es consciente de estar acompañada prestigiosamente en sus fases por la Mama Quilla, la Madre Luna; de ser ella misma el prototipo de la humanidad, y de estar más cercano a la Madre Tierra, el arquetipo divino de la humanidad.

Podemos bosquejar, a partir de las imágenes divinas en Génesis y en la mitología andina, dos modos de concebir el trabajo y la tecnología. Para el hombre de Occidente, el trabajo es un castigo; es: sacrificarse, esforzarse, para crear así una vida y un mundo mejor, más humano que el actual. Es una actividad limitada a lo material, empírico; es una actividad unidimensional y unidireccional, en la que el hombre es el protagonista. Sacrificándose y postergando la satisfacción de sus necesidades, se acumula un capital que es la base de la futura abundancia y recompensa; trabajando y creando, el hombre conduce su propia evolución. El hombre mismo es el rey de la creación y la norma de su trabajo. Trabajando, el hombre realiza su vocación que es: Homo Faber según su modelo divino: el Supremo Hacedor. Como Rey de la creación conduce, dirige, controla y domina su medio natural y lo transforma según su propio criterio y conveniencia. Las consecuencias pueden ser desastrosas si vemos el medio ambiente trastocado, como material disponible para el hombre-hacedor, sin vida propia, sin cara ni alma, para conversar y reciprocarse, sin derecho propio, y sin sentido fuera del hombre. El deterioro y la muerte del medio natural es el revés de muchas actividades productivas guiadas por la ideología antropocéntrica del hombre occidental y los objetivos del desarrollo tecnológico moderno.

En cambio para el andino, trabajar es criar la vida en todas sus formas, con cariño, respeto y comprensión, en una relación directa y recíproca con la Tierra, que es su madre. Progreso para él es vigorizar la chacra andina;

salud y bienestar es equilibrio y armonía en todas las relaciones: humanas y con el medio natural y divino. Es una actividad bi-direccional (reciprocando con la naturaleza y las divinidades) y bidimensional (combinando siempre la actividad económica y empírica con la actividad simbólica y ritual). Para él hay desarrollo técnico cuando las sucesivas generaciones se llenan con la sabiduría de los antiguos de modo que prospera la crianza de la vida. La tecnología para él es sapiencial.

Los yatiris aymaras demuestran en sus habilosas curaciones de cuerpo y alma que su tecnología médica es, básicamente, sabiduría en la crianza de la vida. El yatiris “cura” también el clima en tiempos de sequía o de inundaciones, porque con sus rituales sabe llamar la lluvia o pararla; “cura” la chacra cuando le invade una plaga de ratones o de gusanos. Así cría la vida de la chacra y de la naturaleza entera. Pero esta crianza de la vida nunca es violenta, ni destructiva, siempre centrada en una cosmovisión geocéntrica, siempre es bidimensional, es empírica y simbólica a la vez; y siempre persigue reajustar el equilibrio natural de las cosas y restaurar la armonía de la naturaleza; la norma siempre es dejar a cada ser en su lugar, sin erradicar animales “dañinos”, sin destruir la hierba “mala”, sin eliminar gusanos ni insectos. Se ataja la invasión de éstos con repelentes, plantas fuertes como el ajo, para ahuyentarlos sin matarlos. Hay lugar en su chacra para la hierba mala porque es el alimento de su ganado menor y éste a su vez le agradece a la chacra su comida dejándole su estiércol como abono y alimento. En su chacra el aymara vigoriza la vida con la crianza de la mayor diversidad de especies y variantes de sus cultivos. Siempre conversa con sus cultivos, pero también conversa con los dioses del clima y con los señaleros del tiempo: decenas de plantas y animalitos, celajes, vientos y estrellas, la lluvia, la helada y la granizada, todos le dialogan y le avisan del clima a mediano y largo plazo; con razón los trata como con el respeto que “estos señores” merecen, porque le acompañan en la crianza de su chacra. Les suplica y les agradece a todos en sus rituales, los que se desarrollan en el templo de la naturaleza: la chacra, el corral, los lugares “fuertes” en el cerro, los uywiri, los ojos de agua.

Para el aymara, la naturaleza es un libro abierto que Dios escribió primero, muchos años antes de la Biblia, y que el aymara sabe leer de siempre. En este libro la Santa Madre Tierra enseña con sabiduría a sus hijos cómo criar la vida y cómo dejarse criar por la vida.

La imagen que el hombre se formó de Dios (y que es también la auto-imagen del hombre y su auto-legitimación: “autorizada por Dios”) es el símbolo central de su sistema de valores y de su identidad cultural. Con la legitimación divina de su auto-definición, el hombre justifica su ética y las relaciones tejidas con sus semejantes y con su medio natural, y evalúa sus actividades, sus proyectos y sus pretensiones. Dios, en la imagen que el hombre se hizo de El, es la norma suprema del actuar humano. Pero esté claro que aquí hablamos solamente de imágenes de Dios y que Dios siempre escapa a los límites que nuestras imágenes le quieren imponer.

BIBLIOGRAFÍA

Kusch, R. El pensamiento indígena americano. Puebla; México, 1970.

Montes Ruiz, F. La máscara de piedra; simbolismo y personalidad aymaras en la historia; La Paz, 1986.